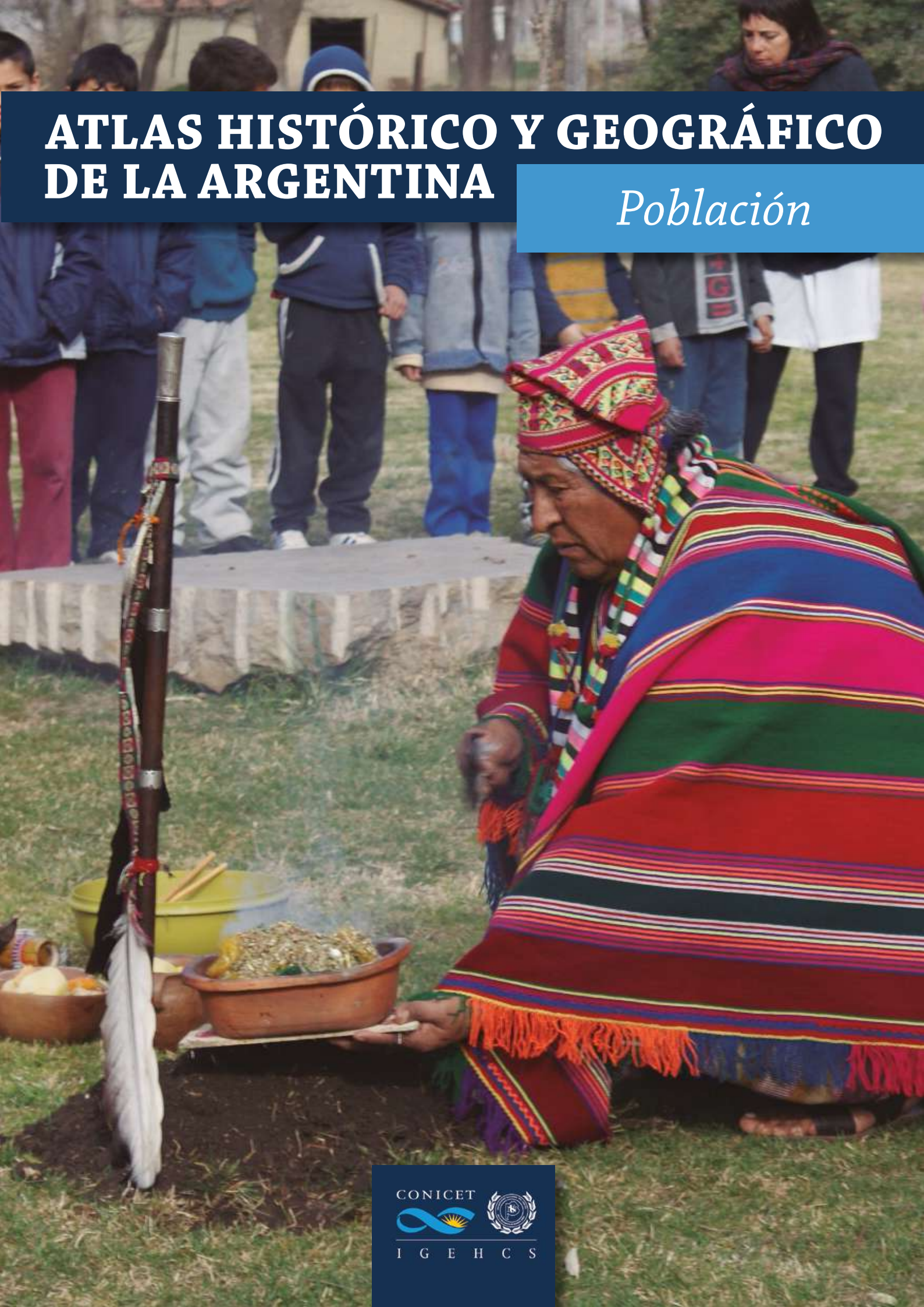


# ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

*Población*



CONICET



I G E H C S

El presente volumen del Atlas Histórico y Geográfico de la Argentina aborda las características poblacionales. Su contenido inicia lejos en tiempo y espacio, con la llegada del hombre a América. El enfoque macro, de fuerte contenido arqueológico, se atomiza en los análisis del NOA, el NEA, Pampa y Patagonia.

Desde la llegada de los conquistadores hasta inicios del siglo xix, el esfuerzo se concentra en la etapa colonial. Indígenas, europeos, criollos y afrodescendientes ocupan la mirada de historiadores y demógrafos, que cuentan, desde entonces, con documentación registrada por instituciones estatales, privados y relatos de viajeros.

El paso a la etapa independentista se hilvana con procesos que incluyen sociedades indígenas e inercias coloniales que penetran un par de décadas en el siglo xix. La araucanización y el interminable juego de acomodamientos son notables. La frontera ocupa la atención hasta el último cuarto de ese siglo.

La dinámica socioeconómica y política se agudiza con la llegada, antes de 1850, de los primeros inmigrantes europeos. La inserción de Argentina en una economía mundial aceleró movimientos no exentos de tensión y fricción. Si hasta 1880 la colonización de tierras fue protagonizada por los pioneros, la inmigración tardía o masiva tiñó nuestra identidad nacional. El flujo inmigratorio se va apagando con la crisis del 1929. Mientras el mundo se cerraba presagiando totalitarismos destinados a germinar una nueva contienda mundial, Sudamérica recobraba un estatus geográfico, económico y político neocolonial. Surgieron entonces movimientos poblacionales desde el interior del país a una Buenos Aires de novedosa apariencia industrial, así como desde los países vecinos.

Finalmente, se tratan temas específicos vinculados al envejecimiento demográfico, la actualidad de las comunidades indígenas y las poblaciones rurales.



ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO  
DE LA ARGENTINA



# ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

*Población*

---

## DIRECCIÓN

Guillermo Velázquez

## CODIRECCIÓN

Diana Lan, Hernán Otero,  
Marcelino Irianni y Lucía Lionetti

## COORDINACIÓN DE ESTE VOLUMEN

Marcelino Irianni

## AUTORES

|                         |                     |
|-------------------------|---------------------|
| Sofía Ares              | Diana Mazzanti      |
| Selene Arislur          | Natalia Mazzia      |
| María Elena Barral      | Julio Merlo         |
| Roberto Benencia †      | Claudia Mikkelsen   |
| Gustavo Bonnat          | Laura Miotti        |
| Mariano Bonomo          | Hernán Otero        |
| Violeta Cantarelli      | Franco Pazzi        |
| Juan Carlos Castro      | Gustavo Politis     |
| Gabriel Cocco           | Carlos Quintana     |
| Guido Cordero           | María Victoria Roca |
| Carla Dátola            | Camila Rodríguez    |
| Valeria Elichiry        | Inés Rosso          |
| Alejandro Fernández     | Virginia Salerno    |
| Nora Flegenheimer       | Adela Tisnés        |
| Sofía Gandini           | Rocío Torino        |
| Marcelo Garabedian      | Guillermo Velázquez |
| Marcelino Irianni       | Celeste Weitzel     |
| Ma. del Carmen Langiano | Natalia Wiurnos     |
| Carlos Leveau           |                     |

---

Instituto de  
Geografía, Historia  
y Ciencias Sociales  
CONICET / UNCPBA  
Tandil - 2022

Atlas histórico y geográfico de la Argentina : Población / Marcelino Irianni ... [et al.] ;  
coordinación general de Marcelino Irianni. - 1a ed. - Tandil : Universidad Nacional  
del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2022.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-950-658-574-7

1. Historia. 2. Geografía. 3. Atlas. I. Irianni, Marcelino, coord.  
CDD 982

© 2022 - UNCPBA

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires  
Pinto 399, 7000 Tandil, Provincia de Buenos Aires, Argentina

1ª edición: octubre de 2022

El contenido de esta obra fue sometido a evaluación externa.

*Coordinación académica*

Marcelino Irianni

*Ilustración, documentación y archivo fotográfico*

María Florencia Ramón & Luciano di Salvo

*Cartografía y diseño con SIG*

María Lorena La Macchia & Adela Tisnés

*Edición técnica, corrección, diseño interior y maquetación*

Ramiro Tomé

*Diseño de tapa*

Carolina Katz & Fabián Di Matteo

ISBN versión impresa: 978-950-658-573-0

ISBN versión ebook: 978-950-658-574-7

ISBN obra completa, versión impresa: 978-950-658-517-4

ISBN obra completa, versión ebook: 978-950-658-518-1

- 7 El poblamiento temprano de América y los primeros habitantes de la región pampeana bonaerense  
*Gustavo Bonnat*
- 23 La movilidad vista desde la arqueología  
*Franco Pazzi, Celeste Weitzel & Nora Flegenheimer*
- 39 Las sociedades indígenas del Nordeste argentino  
*Mariano Bonomo, Juan Carlos Castro, Rocío Torino & Gustavo Politis*
- 53 Arqueología en el Noroeste argentino. El NOA antes del NOA.  
*Violeta Cantarelli & Sofía Gandini*
- 71 El pasado milenario en la región pampeana. Estudios arqueológicos en las sierras de Tandilia.  
*Diana Mazzanti & Carlos Quintana*
- 87 La historia de la ocupación cazadora-recolectora de las mesetas patagónicas  
*Laura Miotti*
- 113 Narrativas sobre el pasado en la región pampeana y territorios en tensión  
*Selene Arislur, Valeria Elichiry, Natalia Mazzia & Virginia Salerno*
- 131 La etapa colonial  
*María Elena Barral & Natalia Wiornos*
- 161 Relaciones interétnicas en la frontera sur del Imperio español. De la conquista a los tiempos borbónicos.  
*Carla Dátola*
- 197 Arqueología del período colonial en el Noreste argentino. De los primeros asentamientos españoles a las reducciones jesuíticas.  
*Gabriel Cocco & María Victoria Roca*
- 217 Los fuertes y fortines, enclaves sobre el camino de los chilenos  
*Julio Fabián Merlo & María del Carmen Langiano*
- 231 Reconsiderando el malón. Nuevos enfoques sobre una imagen añeja.  
*Guido Cordero*
- 253 Evolución y características de la población  
*Adela Tisnés & Guillermo Velázquez*

- 281 Migración hacia Argentina. La etapa temprana.  
*Marcelino Irianni*
- 299 La inmigración transatlántica masiva, 1870-1940  
*Alejandro Fernández*
- 317 La inmigración del exilio durante el siglo XX  
*Marcelo Garabedian*
- 331 Inmigración limítrofe y latinoamericana  
*Roberto Benencia †*
- 345 Dinámica de la población en contextos de ruralidad. Sobre las otras ruralidades.  
*Sofía Ares, Claudia Mikkelsen & Camila Rodríguez*
- 383 Población indígena argentina. Un análisis espacial de su situación actual.  
*Inés Rosso*
- 403 La vejez y el envejecimiento demográfico, 1869-1947  
*Hernán Otero*
- 429 Cambios en la geografía del suicidio  
*Carlos Leveau*
- 443 Bibliografía



## NARRATIVAS SOBRE EL PASADO EN LA REGIÓN PAMPEANA Y TERRITORIOS EN TENSIÓN

El pasado, y la forma en que es estudiado, puede pensarse como un campo en el que se disputan diferentes intereses: sociales, culturales, políticos y científicos. La construcción de relatos sobre él y la activación de memorias motivan procesos de identificación, y también de exclusión, sobre distintos grupos en diferentes territorios. De este modo, el pasado –fragmentado y en tensión permanente– forma parte del presente y contribuye, a la vez, a la reproducción y a la revisión crítica de desigualdades en las relaciones sociales.

La arqueología es una de las disciplinas científicas que aborda el estudio del pasado. Clásicamente, este abordaje se realiza a partir de estudios de sitios arqueológicos y análisis morfológicos y tecnológicos de los objetos, aunque otras aproximaciones redefinen los límites de la disciplina e incluyen otras materias, experiencias y relaciones: documentos históricos, prácticas tradicionales, experimentaciones, vínculos con otras ontologías y formas de conocer.

En este capítulo, nos proponemos reflexionar sobre la práctica arqueológica y ciertas narrativas construidas desde la arqueología respecto de la región pampeana argentina, en relación con múltiples territorialidades. El *territorio* es el resultado de procesos dinámicos de identificación y apropiación –material y simbólica–, que incluye espacios y tiempos (Benedetti, 2011; Saquet, 2015). Entonces, las aproximaciones sobre el pasado generadas a partir del trabajo arqueológico se entrecruzan con las diversas formas de sentir y habitar el territorio de diferentes grupos sociales del pasado y del presente. Reflexionamos en torno a los límites y las desigualdades que crean estas superposiciones.

En una primera parte, desarrollamos, desde una perspectiva histórica, algunos aspectos de la arqueología en Argentina para pensar el modo en que se configuraron los territorios disciplinares y jurídicos. Éstos establecen límites geográficos y normativos a partir de los cuales se organiza y regula la práctica. En ese sentido, repasamos cómo la arqueología se constituyó, a finales del siglo XIX, desde un abordaje del pasado distinto al de la historia, el vínculo que sostuvo con el proceso de construcción del Estado-nación y los efectos político-sociales de su ejercicio respecto a los materiales del pasado y a las personas en el presente. Luego, nos focalizamos en la apertura de la mirada disciplinar desde 1980, el reconocimiento de una larga historia humana en el territorio (de al menos 12.000 años), la complejidad y la diversidad de esos grupos humanos y los cambios a lo largo del tiempo. Aun así, resaltamos que la arqueología construye narrativas posibles basadas en miradas y métodos científicos que no necesariamente coinciden con las formas de entender esos mismos objetos y las historias que cuentan las comunidades indígenas y otros grupos sociales.

---

### INTRODUCCIÓN

Territorio

Territorios disciplinares  
y jurídicos

En una segunda parte, repasamos algunos procesos sociales estudiados en el presente de la provincia de Buenos Aires vinculados con las luchas por el reconocimiento de comunidades originarias y con ciertas prácticas en el paisaje que, en diferentes marcos de sentido, reutilizan lugares y objetos arqueológicos. En cada caso, indagamos sobre las continuidades entre pasado y presente y sobre las tensiones que se generan entre relatos construidos desde la arqueología y dichas experiencias. Finalmente, reflexionamos sobre la potencia de un enfoque arqueológico para el estudio del pasado, el tipo de arqueología que creemos necesaria y resaltamos el carácter político de toda narrativa histórica.

Figura n° 1. Fotografía actual de las sierras de Tandilia (cerro el Sombrero, partido de Lobería) intervenida mediante técnica de collage, representando la coexistencia de múltiples territorialidades..  
Fuente: Archivo particular de las autoras.



---

DE TERRITORIOS  
CON DIVERSIDAD DE  
GRUPOS HUMANOS  
A TERRITORIOS CON  
DIVERSIDAD DE OBJETOS

Nacimiento de la arqueología

Arqueología en América

### *El origen de una narrativa arqueológica hegemónica*

La arqueología se desarrolló formalmente a fines del siglo XIX, en el marco de la consolidación de la modernidad y el saber científico de las ciencias sociales. Su impulso estuvo ligado al interés por organizar espacial y temporalmente los objetos, entendidos como remanentes del pasado. Éstos eran hallados a partir de prácticas coleccionistas y viajes de exploración por territorios considerados exóticos, vinculados a la expansión de las potencias mundiales durante la fase imperialista del capitalismo (Trigger, 1992).

Conforme se delimitaban los diferentes campos disciplinares, se establecieron criterios para organizar sus conocimientos en torno a preguntas y líneas de abordaje específicas. Así, la arqueología se diferenció de la historia por centrarse en el estudio de los materiales (Trigger, 1992). En el marco de un paradigma evolucionista cultural con un trasfondo racista, los objetos se clasificaron según morfologías y tipologías sobre las cuales se desarrollaron síntesis de las *culturas* que los habían generado, en función de escalas humanas de progreso.

En América, el desarrollo y la consolidación de la arqueología estuvieron ligados a la emergencia de los Estados nacionales y su necesidad de generar relatos que promovieran una apropiación colectiva y selectiva del pasado, invisibilizando y homogeneizando a los pueblos originarios (Díaz Andreu, 1999). La historia se focalizó en un pasado asumido como propio, tomando como punto de partida la conquista europea (Dussel, 1983), en tanto que el conocimiento arqueológico se construyó a partir del estudio de un “otro” prehistórico y precolonial (Edgeworth, 2006). De este modo, la arqueología y sus practicantes se constituyeron como la forma legítima de generar conocimiento sobre el pasado de estos grupos alterizados.

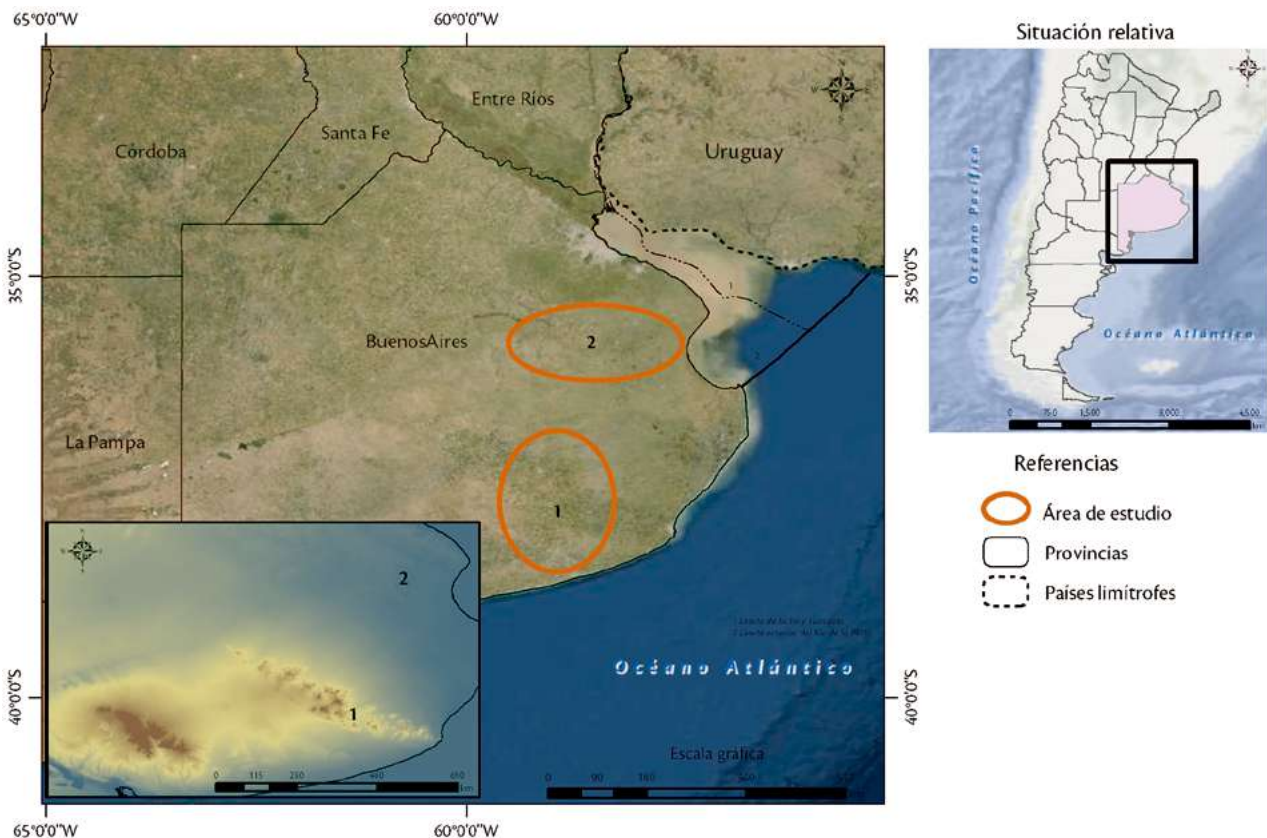
Desde el último cuarto del siglo XX, han cobrado fuerza los sostenidos reclamos de los pueblos originarios por participar en la elaboración de sus propias narrativas y gestionar sus objetos y lugares, interpelando a la arqueología y a su modo de generar conocimiento (Canuhé, 2005). Frente a ello, han surgido modalidades de trabajo que incluyen las demandas de la agenda indígena en la práctica arqueológica, permitiendo focalizar en las necesidades, solicitudes y conocimientos locales desde una mirada crítica (Cabral, 2017).

Al momento de construir relatos desde una perspectiva arqueológica, creemos que es necesario posicionarse respecto de esos otros mundos que se busca conocer, en virtud de los materiales que estudiamos. Éstos condensan múltiples historias y, en la mayoría de los casos, no han sido depositados intencionalmente. En ellos confluyen saberes (técnicos, abstractos, históricos), relaciones (entre quienes los imaginaron, produjeron, intercambiaron y significaron) y prácticas (uso, creación, destrucción, ofrenda) que les otorgan sentidos (Hodder, 1994), y no necesariamente corresponden a un único tiempo. Entonces, es posible decir que el conocimiento arqueológico se refiere a procesos colectivos que se enraízan en la dimensión material de la existencia, abarcando tiempos y espacios en múltiples escalas. Por ello, reconocer el carácter de la materialidad arqueológica implica también considerar las diferentes formas de habitar el territorio y pensar en el mundo en que coexisten. Es esencial contemplar las historias orales, las experiencias sensoriales y los conocimientos locales e indígenas. El modo en que se articulan dichos conocimientos con las narrativas disciplinares responde a una posición política cuyo resultado implica la elaboración de relatos sobre la historia humana que incluyen o invisibilizan la diversidad cultural (Tuhivai Smith, 2001).

En consonancia con estos abordajes, en este trabajo recuperamos algunos estudios de casos que desarrollamos junto a nuestros equipos de investigación, anclados en la provincia de Buenos Aires: sierras de Tandilia y depresión del río Salado. Ellos se enmarcan en una arqueología que reconoce las fuentes escritas, a las personas con sus experiencias y prácticas, los fragmentos materiales y los vínculos con el territorio como vías de análisis válidas y complementarias.

### Carácter de la materialidad arqueológica

Mapa nº 1. Áreas de estudio en la provincia de Buenos Aires: 1. sector centro-este de Tandilia (Área de Arqueología y Antropología de Necochea); 2. depresión del Salado (Arqueología del Salado). Fuente: elaboración personal.



Tramas de conflictividad

A partir de estas consideraciones sobre la práctica arqueológica, se pone en evidencia que toda investigación sobre el pasado refiere a un espacio cuya definición es producto de una construcción histórica atravesada por múltiples tramas de conflictividad (Benedetti, 2011). De esta forma, para abordar las implicancias de las narrativas arqueológicas desde una perspectiva territorial es necesario desentramar algunas de las tensiones que confluyen en ellas. En nuestro país estas tramas tienen su origen en las relaciones desiguales que el Estado nacional estableció con los pueblos indígenas.

Región pampeana bonaerense

En la región pampeana bonaerense, desde mediados del siglo XIX, la soberanía e independencia de los pueblos originarios, su heterogeneidad y las formas dinámicas de organización social (nomadismo, liderazgos, segmentalidad y procesos de agregación y separación) entraron en conflicto con el proyecto de consolidación del Estado argentino bajo un paradigma moderno agroexportador que requería de más extensiones de tierra. Las poblaciones indígenas fueron concebidas como una amenaza (Delrío, 2005) y el nacionalismo se constituyó como una ideología potente mediante la cual se definió la pertenencia al territorio o su extranjería (Briones, 1998). En pos de legitimar la conquista de territorios indígenas, el Estado elaboró la imagen de una sociedad homogénea y “blanca” dentro de la cual las comunidades indígenas fueron identificadas con categorías reduccionistas (indios, salvajes, barbarie) que simplificaron la diversidad étnica, sus prácticas, creencias y las formas de relacionarse social y materialmente (Briones, 2005). En función de ello, se cristalizó una imagen de estas comunidades que justificó el desplazamiento, sometimiento o aniquilación para lograr el “progreso”. Mediante diversos ejercicios de poder y de construcción del saber de carácter colonial, se definió oficialmente su extinción en la provincia de Buenos Aires (*sensu* Quijano, 1997), por ejemplo, al imponer en el imaginario social la idea de desierto. Esas construcciones legitimaron el desarrollo de un proyecto genocida que se expresó en el avance militar sobre los territorios indígenas y tuvo como resultado el asesinato de miles de personas, así como el desarraigo de otras tantas, forzadas a trabajar en ingenios del norte del país, como servidumbre de familias adineradas o en cuerpos militares nacionales (Papazzian y Nagy, 2018; Delrío, 2005).

Genocidio

Con el genocidio se consolidó una narrativa sobre la base de un mito fundacional de una Argentina sin indígenas, blanca y europea. Las primeras expediciones arqueológicas a las regiones pampeana y patagónica se desarrollaron en el marco de estas acciones estatales de apropiación del territorio (por ejemplo, las incursiones de Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno o Ramón Lista). Así, el pasado indígena y su materialidad fueron convertidos en patrimonio nacional y objeto de estudio de la arqueología (Podgorny, 2004). Inicialmente, los objetos se concibieron como colecciones de museos, cuantificadas, medidas y organizadas bajo un discurso evolucionista cultural. Los cuerpos mismos fueron objetivados y clasificados mediante técnicas antropométricas (Rodríguez, 2013). Incluso grupos de indígenas de distintas regiones del país fueron capturados vivos y exhibidos en ferias en Europa y Estados Unidos, con una lógica profundamente racista.

Territorio disciplinar

En sus inicios, la práctica arqueológica, vinculada con el naturalismo y el anti-cuarismo, centró su eje de discusión en el análisis descriptivo de los materiales indígenas, buscando definir “grupos culturales” según la presencia de rasgos similares. El enfoque para el estudio de esos materiales estuvo condicionado por los criterios geográficos regionales que se utilizaron para ordenar los objetos en los museos (Pegoraro, 2009).

El foco de las primeras discusiones estuvo dirigido a ubicar cronológicamente esas “culturas” dentro de una narrativa histórica con pretensiones universales: la prehistoria europea, utilizando sus categorías (Edad de la Piedra –Paleolítico y Neolítico– y Edad del Bronce). En este contexto, uno de los temas centrales en el territorio pampeano se relacionaba con la antigüedad de los hallazgos: ¿podían

esos materiales atribuirse a los primeros grupos que poblaron el continente? La discusión se polarizó entre quienes rechazaban la antigüedad de los humanos y quienes proponían su coexistencia con megafauna y un origen del proceso de hominización independiente de Europa y Asia (Podgorny, 2001).



Figura nº 2. El médico y anticuarista Rodolfo Faggioli exhibiendo su colección de ilustraciones, restos óseos faunísticos y humanos, materiales arqueológicos y fósiles durante una disertación en la ciudad de Necochea, 1931. Fuente: Archivo General de la Nación.

En las primeras décadas del siglo XX, a la vez que ganaba adeptos la perspectiva de una escasa antigüedad del poblamiento de América, el interrogante por la temporalidad fue perdiendo interés, dando lugar al estudio de la distribución de los materiales arqueológicos (Podgorny, 2001). El foco se desplazó hacia la relación entre el ambiente y su influencia sobre las manifestaciones humanas, entendidas como culturas estáticas y de corta cronología. Los objetos fueron estudiados tomando como referencia datos documentales y de poblaciones indígenas actuales, consideradas como resabios de modos de vida antiguos (Mazzanti, 2010). Además, los cambios en los artefactos y las innovaciones fueron concebidos como el producto del contacto entre grupos sociales, anulando su capacidad de invención. De este modo, se consolidó un criterio regional para la organización del conocimiento sobre el pasado (Pampa, Patagonia, Centro Oeste, NOA y NEA). Incluso, en función de este criterio, actualmente se organizan reuniones científicas, agrupando, al mismo tiempo que segregando, las discusiones. Diferentes revisiones concuerdan que estos límites representan problemas para la investigación y la circulación pública del conocimiento, enmascarando una diversidad de prácticas culturales del presente y el pasado. A pesar de ello, continúa utilizándose (Politis y Barros, 2006) debido a que, entre otras cosas, estos criterios se articulan con los límites jurídicos y administrativos del trabajo arqueológico.

Durante el siglo XX, la legitimidad del Estado en la gestión de los materiales indígenas terminó de establecerse mediante la formulación de un marco legal que construyó el territorio jurídico de la práctica arqueológica. Este fue definido a partir de la temprana Ley nacional nº 9080 de 1913 y la actual Ley nacional nº 25.743 de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico, sancionada en 2003, que recategoriza la materialidad indígena como patrimonio cultural de la Nación. Además, sitúa en las provincias el deber de proteger el patrimonio arqueológico y define que la ciencia es la encargada de estudiar e impartir el conocimiento sobre los bienes y yacimientos. A su vez, contempla como delitos

Principios del siglo XX

Territorio jurídico

la apropiación, comercialización, excavación sin permiso, traslado y exportación no autorizada de objetos arqueológicos, entre otros aspectos (Guráieb y Frére, 2012). Esta ley tiene dos deudas importantes: no hubo consulta previa a su promulgación con los pueblos originarios y no hace referencia a ellos como sujetos partícipes en la gestión, el estudio y la tutela de las materialidades y sitios. Ambas omisiones violan los derechos contemplados en el inciso 17 del artículo 75 de la Constitución Nacional, la ratificación del Convenio n° 169 de OIT y la Ley n° 25.517 (Rodríguez, 2013).

#### Permisos de investigación

En la provincia de Buenos Aires, el ente que regula la Ley y otorga los permisos de investigación científica en sectores delimitados es el Centro del Registro del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Dichos permisos se definen a partir de polígonos, evitando la superposición con las áreas de otros grupos de investigación. Los criterios que configuraron estos límites disciplinares no sólo redujeron la diversidad de actores legitimados para estudiar el pasado, sino que, además, tuvieron un fuerte impacto en la manera en que los investigadores se acercaron a su estudio.

En síntesis, con la definición de los territorios disciplinar y jurídico, se delimitan sectores a partir de los cuales se regulan y organizan las prácticas materiales y simbólicas de la arqueología. El ejercicio de estas definiciones territoriales activa una dinámica de poder a partir de la jerarquización de saberes y la normatización de las materialidades, los sitios arqueológicos y las narrativas en torno a ellos. La historia de conformación de esos límites territoriales y los dispositivos de regulación hicieron prevalecer las interpretaciones arqueológicas sobre *otros* que habitaron el territorio en *otros* tiempos. Estos procesos invisibilizaron la continuidad territorial indígena, al mismo tiempo que ignoraron los profundos cambios que habían experimentado en su devenir histórico.

#### Arqueología en la región pampeana

Desde finales de la década de 1980, con el mayor uso de los fechados radiocarbónicos y la incorporación de diversas perspectivas teóricas en la arqueología pampeana, se generaron nuevos abordajes que aportan datos desde múltiples líneas de evidencia para discutir las representaciones del pasado. Esto ha permitido crear consensos, por ejemplo, sobre el poblamiento del territorio americano y el reconocimiento de la antigüedad, la diversidad y la complejidad de los procesos sociales ocurridos. En ese sentido, las evidencias arqueológicas sitúan la profundidad temporal del poblamiento en la pampa bonaerense en, al menos, 12.000 años antes del presente (Flegenheimer *et al.*, 2007).

#### Cazadores recolectores

Desde el poblamiento de esta región, se considera que prevaleció un modo de vida identificado como “cazador recolector”, que persiste con variaciones hasta la conquista española. Este nombre hace referencia a un aspecto principal de la organización económica de las sociedades en el que los alimentos se obtienen casi exclusivamente de actividades de recolección, caza y, en algunos casos, pesca. Se trata de una clasificación que enmascara una amplia diversidad de estrategias –económicas y de reproducción social–, sentidos simbólicos y complejidad. Otro rasgo que caracteriza a estos pueblos, muchas veces nombrados “nómadas”, es la amplia movilidad basada en traslados periódicos y organizados, de algunas personas o de la totalidad del grupo, por distintos territorios reconocidos. Estos movimientos no responden sólo a la posibilidad del agotamiento de recursos, sino que forman parte de las maneras de entender y ser en el mundo relacionadas con prácticas como la circulación de conocimientos, símbolos y materialidades, encuentros, ceremonias y rituales, formas de organizar el espacio y sacralización de lugares (Curtoni, 2006; Pazzi *et al.*, en este volumen).

#### Sistema de reciprocidad

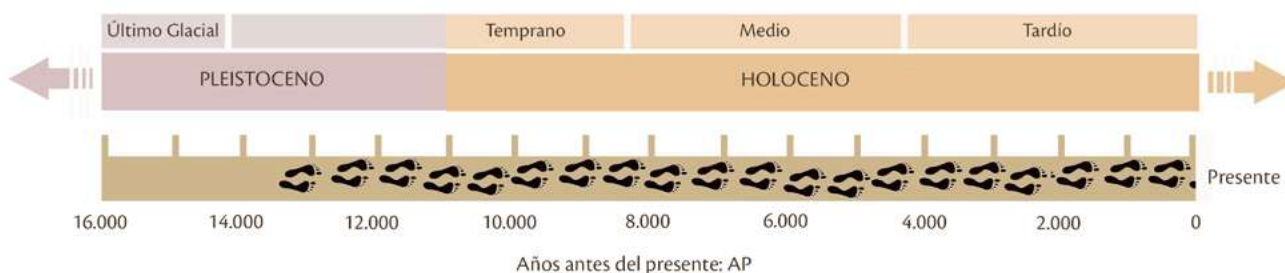
En general, se considera que las comunidades que habitaban una misma región estaban unidas por relaciones de parentesco y afinidad. La garantía de los recursos básicos de producción y reproducción de la vida para todas las personas sobre

la base de un sistema de reciprocidad, la primacía de relaciones de igualdad y un vínculo sustentable con el territorio reconocido como propio constituyen los pilares de los mundos cazadores recolectores (Ingold, 1988).

Específicamente, los estudios arqueológicos han observado prácticas en común y otras que hablan sobre la diversidad, la complejidad, la sensibilidad y la sofisticación ideacional de los pueblos en distintos lugares y períodos. Pero los materiales involucrados en esas prácticas no tienen la misma potencialidad de preservarse, por eso el conocimiento generado desde la arqueología es parcial y las interpretaciones generalmente responden a escalas de tiempo amplias. En muchos casos, la falta de información sobre los procesos sociales que configuraron el territorio pampeano, así como sus cambios y continuidades, se explica por estas limitaciones relativas a la construcción del conocimiento y no por una supuesta simplicidad del modo de vida de los pueblos en el pasado.

Usualmente, las interpretaciones arqueológicas sobre estos modos de vida son organizadas en bloques temporales mediante referencias geológicas derivadas de la segmentación del Holoceno (Berón y Politis, 1997). Dentro de estos bloques se identifican puntos del espacio que fueron habitados con mayor o menor intensidad. Desde hace al menos 12000 años algunos sectores de la región ya habían sido poblados. En ciertos lugares se hallan artefactos fabricados con materias primas que hablan de contactos lejanos (por ejemplo, el uso de rocas obtenidas del territorio que hoy conocemos como Uruguay –Flegenheimer *et al.*, 2003–), artefactos cuyos diseños reflejan ideas compartidas y contactos regulares en el marco de redes sociales dentro de Sudamérica (por ejemplo, las puntas Cola de Pescado utilizadas por las primeras poblaciones de la región –Flegenheimer *et al.*, 2015–) y objetos simbólicos denominados piedras discoidales.

Figura n° 3. Línea temporal expresada en miles de años antes del presente, indicando la segmentación del Holoceno y la presencia de grupos humanos en la región.



A medida que nos acercamos en el tiempo, las evidencias dan cuenta del modo en que los grupos humanos fueron habitando nuevas áreas, sin dejar de mantener vínculos con espacios y grupos distantes. Las materialidades encontradas permiten pensar en prácticas y redes de circulación de personas, objetos e información. Por ejemplo, en el capítulo anterior de esta obra se describe el uso de un tipo de roca, la cuarcita Sierras Bayas, que proviene de un sector acotado en las sierras de Tandilia, es la más utilizada en la región a lo largo del tiempo y se encontró en sitios de provincias vecinas.

Desde hace 9.000 años, se encuentran evidencias de espacios seleccionados especialmente para establecerse por períodos acotados o realizar actividades específicas, así como lugares concretos para realizar prácticas inhumatorias reiteradas (por ejemplo, Politis *et al.*, 2014). Entre 7.000 y 3.000 años antes del presente, estas prácticas se volvieron aún más frecuentes y los grupos desplegaron estrategias de ocupaciones más estables en diferentes lugares del paisaje (Bayón *et al.*, 2010; Martínez, 2006). En este contexto, la costa atlántica fue ocupada de manera planificada y reiterada (Bonomo y León, 2010); los bordes de lagunas y ríos fueron elegidos de manera recurrente para establecer los campamentos base, y las cuevas y abrigo de Tandilia habrían funcionado como paraderos reutilizados dentro de los circuitos regionales de los grupos (Mazzanti *et al.*, 2015;

Redes de circulación

Estrategias de ocupación

Mazzia, 2013). Al respecto, destacamos que no existe ninguna evidencia arqueológica que indique que los espacios de vivienda se localizaban exclusivamente en las cuevas. Incluso datos etnohistóricos dan cuenta de la construcción de toldos con materiales perecederos en la llanura pampeana. Esa idea responde más a una representación, en la mayoría de los casos despectiva (cavernícolas), difundida por la ficción.

Desde hace 3.000 años hasta la conquista europea, se propone un aumento de la densidad poblacional expresada en una ocupación de todas las áreas de la región (por ejemplo, la depresión del río Salado, el área de los Talaes, las sierras de Ventania o el humedal del Paraná inferior) y un mayor número de sitios arqueológicos con respecto a los momentos anteriores (Oliva *et al.*, 2015; Politis y Madrid, 2001). Investigaciones recientes relativizan la interpretación del aumento poblacional abogando por la continuidad de las dinámicas de los grupos humanos durante todo el Holoceno, en virtud de considerar algunos factores geológicos como causantes de posibles sesgos en la representación arqueológica (Favier Dubois *et al.*, 2017). No obstante estas discusiones, desde hace 3,000 años se observan importantes cambios a partir de innovaciones tecnológicas como la cerámica (González y Frère, 2002) y el arco y la flecha. En términos regionales, pueden observarse procesos económicos novedosos que suceden simultáneamente: la diversificación en la explotación de recursos o en manufactura de artefactos por área, acompañada de procesos de especialización (Loponte y Acosta, 2007). Con todo, durante miles de años el territorio pampeano fue habitado en coherencia con un modo de vida en el que la cercanía o lejanía entre grupos, las tecnologías utilizadas, las formas de vincularse, las ideas y simbolismos fueron variando.

En suma, en esta primera parte reflexionamos sobre el modo en que, en un momento determinado, la arqueología se apropió de los objetos indígenas para su estudio, al mismo tiempo que se recreaba el territorio mediante relatos que simplificaron y homogeneizaron la diversidad cultural. Es importante señalar estos aspectos porque organizaron el lente a través del cual la arqueología estudió los procesos sociales del pasado en articulación con el presente. A partir de ello, se definieron una serie de problemas a investigar, se establecieron diferentes relaciones de alteridad (otros-nosotros) y se organizaron límites temporales y geográficos para el trabajo de campo. Estos aspectos no necesariamente coinciden con las formas en que se habitó y habita el territorio ni con las ontologías de los grupos que vivieron en el pasado e inclusive con algunos del presente. En ese sentido, la mirada arqueológica no es la única posible respecto al entendimiento de los materiales y sus significados. Desde fines del siglo XX, las críticas sobre la historia disciplinar han contribuido a repensar los relatos elaborados intentando dar cuenta de estas múltiples contradicciones.

---

TERRITORIOS EN  
TENSIÓN: RUPTURAS,  
CONTINUIDADES Y  
RELACIONES DE PODER

Contextos de sitios  
arqueológicos

#### *Rupturas: El campo, los sitios arqueológicos y las comunidades pasadas y actuales*

Anteriormente, nos referimos al proceso genocida en el que estuvo inmersa la formación del Estado y la reestructuración profunda que significó para las comunidades indígenas. En el marco de la consolidación del modelo agroexportador, el eje del progreso se situó en la producción agraria moderna con la incorporación de capitales externos y la inmigración europea. En términos territoriales, a lo largo del siglo XX, estos procesos conllevaron una nueva configuración marcada por el uso del alambrado y el desarrollo de centros urbanos vinculados al ferrocarril con áreas rurales satélites. De esta forma, los sitios arqueológicos quedaron cercados en campos privados y sus materiales (puntas de proyectil, bolas de boleadora, fragmentos de cerámica, morteros, etc.) pasaron a formar parte de la vida cotidiana de peones y trabajadores rurales. En algunos casos, esta cotidianidad posibilitó la construcción de conocimientos locales sobre los objetos y también sobre el pasado. En muchas ocasiones, tales pobladores rurales y aquellos de los pueblos circundantes resultaron claves para la detección de nuevos sitios, para



entender prácticas y vivencias y reflexionar sobre las representaciones sociales y la propia práctica arqueológica (Arislur, 2018; Salerno y González, 2014).

Durante la década de 1990, con la profundización del neoliberalismo, la disolución de la junta de granos y la precoz introducción de la soja transgénica, se cimentó un nuevo tipo de capitalista rural, el arrendatario-empresario. Las corporaciones del agro han avanzado sobre las tierras de los pequeños productores hasta convertirlos en rentistas o directamente expulsarlos (Pengue, 2016). En la provincia de Buenos Aires, las consecuencias inmediatas fueron la desarticulación de las economías regionales, la eliminación de las unidades menos rentables y el vaciamiento demográfico progresivo de las zonas rurales (Benedetti y Salizzi, 2014). En tal contexto, se presentan ciertos desafíos al momento de construir una práctica arqueológica de manera dialógica, principalmente porque hay muy pocas personas que habitan de forma permanente esos espacios. A su vez, se complica obtener el permiso de acceso a los campos donde están los sitios –dentro del polígono otorgado por el ente provincial para investigar–, puesto que, con frecuencia, los interlocutores tienen sus oficinas o lugares de residencia a kilómetros de distancia. A esto debe sumarse que la visibilidad del material y de las investigaciones arqueológicas en la región no tiene un alcance público masivo, lo que se explica por diversos factores. La materialidad de los grupos cazadores-recolectores que habitaron la región no está conformada por estructuras monumentales, usualmente se encuentra muy fragmentada y se halla en áreas poco accesibles debido a la propiedad privada de los campos. Estas condiciones no se corresponden con los valores privilegiados por la cultura occidental que, por ejemplo, elige las piezas enteras para la exhibición en museos. Además, por largo tiempo en la historiografía argentina el estudio de las sociedades que no responden al canon moderno quedó reducido bajo una mirada nacionalista enfocada en las estructuras culturales, sociales y territoriales del Estado-nación y la profundidad temporal indígena en tierras pampeanas no fue considerada en esos relatos (Mandrini, 2007). En consonancia, en los espacios escolares el mundo social indígena es mayormente relatado mediante categorías discriminatorias y presentado como parte de la historia natural del territorio (Nagy, 2013).

La prevalencia de una mirada estereotipada sobre la historia y el presente indígena genera la desvalorización de estos grupos frente a un imaginario de identidad local y regional asociado a la inmigración y al tradicionalismo. Ésta se reproduce en prácticas y sentidos comunes expresados, por ejemplo, en festividades regionales en las que se enaltecen identidades, alimentos o costumbres, principalmente de origen europeo o de carácter tradicionalista (Fiesta Vasca, del Inmigrante, de la Doma y Folklore, de la Tradición, del Hombre de Campo, entre otras), en dichos como “descendemos de los barcos”, en la construcción de relatos fundacionales antagónicos a lo indígena y en la reproducción acrítica de historias de cautivas. Asimismo, en múltiples narrativas sobre la historia pampeana adquiere centralidad la figura del gaucho como arquetipo de la argentinidad en contraposición a otros actores sociales, como indígenas y ciertos grupos de inmigrantes (Blache, 1991-1992). En este sentido, es un ejemplo relevante el uso que se hace de las bolas de boleadora, artefactos indígenas utilizados desde los inicios del Holoceno. A finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, fueron apropiadas y reutilizadas por hispanos criollos en las faenas rurales, la caza y la guerra. Los procesos de patrimonialización de las boleadoras se asocian con la figura del gaucho y suelen excluir su origen indígena (Sokol *et al.*, 2020). Actualmente, se encuentran ampliamente difundidas en contextos públicos (museos, escuelas, ferias tradicionalistas, arte gauchesco) y privados (colección, decoración o *souvenir*) como elementos icónicos del territorio pampeano.

Frente a los casi ciento cincuenta años de reproducción de estos relatos históricos en esta región, la arqueología lleva poco tiempo tratando de intervenir en el debate público (ámbitos escolares, medios de comunicación masivos, museos locales y regionales, organizaciones, comunidades) en pos de repensar la histo-

Década de 1990



Figura nº 4. Centro de Interpretación Indígena “El Antigal”, San Pedro, Buenos Aires.

Fuente: Archivo particular de Cacique Nala, Pueblo Nación Qom Clara Romero..

Mirada estereotipada

ricidad de los pueblos originarios y de otros grupos sociales que también formamos parte de este territorio.

#### Revisiones desde 1980

Ciertos cambios resultan evidentes desde mediados de la década de 1980 en el marco de las nuevas condiciones políticas y sociales en el país. Éstas posibilitaron debates que ocurrían a nivel internacional sobre el reconocimiento de los pueblos indígenas como sujetos de derechos y el valor de la “diversidad cultural” (Wright, 1998). Los dispositivos legales formulados en este contexto presentan diferentes aristas. Por un lado, responden a la fuerza de la lucha histórica de los pueblos indígenas por su autonomía y libre determinación (Crespo, 2013). Por otro lado, constituyeron un espacio mediado por el Estado y dirigido a construir consensos respecto de la diversidad cultural, desdibujando las relaciones de poder y ocultando la colonialidad (Walsh, 2002).

En Argentina, las políticas culturales y educativas orientadas a repensar la diversidad como elemento constitutivo de la nación se expresaron en la declaración del carácter multicultural y pluriétnico realizado mediante la reforma constitucional de 1994 y la incorporación al Convenio n° 169 de la OIT (Cianciardo, 2009). En muchos casos, se observa que la creación de organismos y la amplia normativa generada en torno a los derechos indígenas contrasta con la escasez de herramientas y programas estatales que garanticen su ejercicio (véase, por ejemplo, Rosso (2018) sobre la Ley de Educación Intercultural en la provincia de Buenos Aires y García Guerreiro *et al.* (2018) sobre demandas territoriales). Por estos motivos, es mucho lo que falta aún recorrer para asumir la interculturalidad.

#### Aportes de la arqueología

A partir de estas demandas y transformaciones coyunturales, en la disciplina arqueológica se han desarrollado líneas de investigación, gestión y extensión que buscan incluir e integrar conocimientos arqueológicos, locales e indígenas en el debate público para repensar críticamente las representaciones sobre el pasado y la construcción del conocimiento (Pupio y Salerno, 2014). En sintonía con estos debates, los próximos apartados, en primer lugar, señalan algunos ejemplos sobre la manera en que la apropiación de objetos arqueológicos contribuye a repensar el pasado y presente indígena, visibilizando nuevas luchas de las comunidades y sentidos territoriales. Luego, reflexionamos sobre el modo en que los espacios, prácticas y objetos que integraban la vida cotidiana de las comunidades antes de la conquista continúan vigentes y en acción, en nuevos marcos de sentido.

#### *Encuentros: Territorios presentes, territorios indígenas.*

#### Visibilización y reivindicación

La imagen resultante de los relatos históricos académicos, escolares y gubernamentales es la de un aparente vacío de comunidades indígenas en territorios bonaerenses, como si las diversas formas de habitar y conocer ya no existieran. Pero este vacío es producto de una invisibilización y estigmatización deliberada. A partir de un mapeo colectivo realizado entre los años 2012 y 2016, en el marco de la Mesa de Trabajo Autogestionada de Educación Intercultural de la Provincia de Buenos Aires, se identificaron 83 comunidades indígenas pertenecientes a ocho pueblos: kolla, guaraní, qom, mapuche, quechua, mocoví, tehuelche y wichi (Rosso, 2018). Este relevamiento muestra cifras diferentes a las registradas por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas en la provincia, que en la actualidad reconoce a 51 comunidades representantes de seis pueblos. En este sentido, el mapeo da cuenta de la existencia innegable de pueblos indígenas en la provincia, visibiliza una gran diversidad de prácticas y la constante lucha por la reivindicación de sus derechos, en el marco de procesos de reemergencia y resurgimiento indígena (*sensu* Lazzari, 2017). Al respecto, también es significativo cómo se expresa la presencia e historia indígena en la gran cantidad de topónimos de ciudades, parajes rurales, lagunas y puntos geográficos con los que nos encontramos durante el desarrollo de nuestros trabajos de campo, por ejemplo, el Siasgo, Cacharí, Chascomús, Chala quilca, Jagüel, Quequén, Lyo-Mahuida, Tandil. Incluso, la información genética de poblaciones de distintas ciudades de

la provincia de Buenos Aires da cuenta de un importante componente indígena actual (Carnese, 2019).

El mencionado mapeo también visibiliza la condición urbana preponderante de estas comunidades y ratifica la diversidad como característica intrínseca de la configuración territorial pasada y presente (Rosso, 2018). En los contextos urbanos, es frecuente que quienes se reconocen como indígenas se enfrenten a prejuicios estigmatizantes basados en actitudes racistas, o que se les desconozca su identidad por no ajustarse a las representaciones estereotipadas sobre lo indígena (Tamagno, 1991). Frente a ello, los objetos arqueológicos se presentan como elementos que contribuyen a recuperar las memorias de largo plazo asociadas con la reivindicación y la construcción de ancestralidad en relación con un presente dinámico y un futuro deseable.

Podemos mencionar dos casos como ejemplo. Uno es la fundación del Centro de Interpretación Indígena “El Antigal” en la localidad de San Pedro, en 2009. Impulsado por la comunidad Lma Iacia Qom, este espacio fue inicialmente gestionado para efectivizar reclamos por la salvaguarda de materiales arqueológicos hallados en el partido que iban a ser depositados junto a restos fósiles en el Museo de Historia Natural y Paleontología local. Para los representantes de la comunidad esta asociación resultaba inaceptable porque sitúa su historia en una narrativa naturalista que remite a animales extintos. Su reclamo implicó discutir las representaciones hegemónicas que invisibilizan la historia indígena en la provincia dando cuenta de su antigüedad y su vínculo con el presente. En la actualidad, este espacio es sede de múltiples actividades orientadas a “conservar y expresar la cultura indígena, articulando la investigación y rescate de su historia con los reclamos por autorreconocimiento y fortalecimiento de la identidad” (Salerno y Leiva, 2017, p. 25). Allí se realizan talleres de educación intercultural en articulación con instituciones escolares y se desarrollan proyectos en colaboración con otras comunidades indígenas y no indígenas (Romero *et al.*, 2016). Además, desde el año 2017, funciona el Centro de Salud Intercultural “Dalagaic piogonac”. Las colecciones de materiales arqueológicos que se conservan y ponen en valor en este espacio, se fueron ampliando a partir de donaciones de otras comunidades indígenas.

Contextos urbanos

Centro de Interpretación Indígena



Figura nº 5. Inauguración del Museo Autónomo de Gestión Indígena en Punta Querandí, partido de Tigre, Buenos Aires, 2017. Fuente: Archivo particular de Celeste Picoy.

El otro caso es el de la Comunidad Indígena Punta Querandí del partido de Tigre. Su origen se vincula a un movimiento de reivindicación por un territorio reconocido y vivido como ancestral debido a que allí se encontraron objetos ar-

Comunidad Indígena Punta Querandí

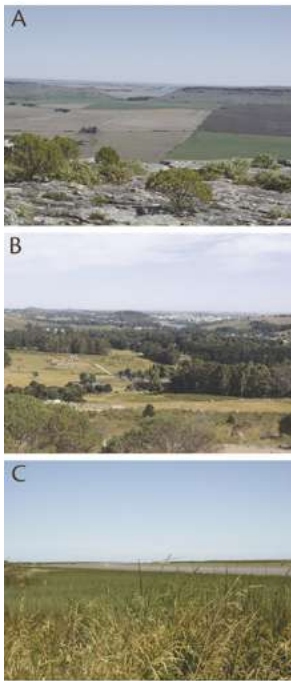


Figura nº 6. Tres paisajes estudiados. a) vista desde el sitio arqueológico Cerro el Sombrero Cima hacia el abra de Puerta del Diablo en Sierra Larga (partido de Lobería); b) vista desde el circuito turístico municipal “Cristo en las Sierras” hacia el centro urbano de Tandil; c) vista del río Salado llegando a la desembocadura (partido de Lezama).

#### Tandilia

queológicos. El reclamo fue iniciado en 2004, en un momento de reconfiguraciones territoriales impulsadas por la instalación de megaemprendimientos inmobiliarios privados que implicó el desalojo de personas, la remoción de estructuras y sitios arqueológicos y la consecuente destrucción del ambiente del humedal. En este contexto, Picoy (2020) da cuenta del modo en que el vínculo construido a partir de una experiencia de lucha sostenida por más de quince años permitió movilizar saberes, experiencias, memorias, prácticas y espiritualidades indígenas, dando lugar a procesos de identificación y autorreconocimiento de familias de distintos pueblos originarios y residentes no indígenas del lugar. El territorio fue renombrado “Punta Querandí” y reivindicado como espacio “comunitario, ancestral, sagrado y educativo de los pueblos originarios”. Al igual que en El Antigal, se diseñó un lugar para conservar y gestionar las materialidades indígenas.

Ambos casos dan cuenta de la potencia de los materiales arqueológicos como dispositivos de la memoria que motivan trayectorias subjetivas y pueden configurar nuevos sentidos territoriales. En el marco de procesos de lucha más amplios, las personas involucradas encontraron en ellos otras herramientas para sumar a la disputa por el autorreconocimiento y fortalecimiento identitario, y les permitieron reposicionarse frente al estado municipal y provincial, a la vez que discutir públicamente los estereotipos estigmatizantes.

#### Lugares, objetos y prácticas conectadas

A continuación, nos detendremos en algunos ejemplos estudiados mediante entrevistas y observaciones antropológicas trabajadas con habitantes de distintos sectores y localidades de las sierras de Tandilia (Lobería y Tandil) y de la depresión del río Salado (Chascomús, Ezeiza, General Paz, General Belgrano, Lezama, Lobos, Las Flores, San Miguel de Monte). En ellos, ciertos aspectos de la vida cotidiana antes de la conquista han sido revividos en formas de prácticas en el paisaje, sobre la base de la reutilización de lugares, objetos y sus procesos de creación. En ocasiones, en el marco de estas diferentes prácticas, se movilizan sentidos respecto del pasado que impactan en las configuraciones territoriales del presente.

En la porción centro oriental de Tandilia, la información arqueológica recuperada en más de setenta sitios da cuenta de cómo en el pasado los cerros y la llanura circundante constituyeron un espacio continuo que ofrecía una amplia variedad de microambientes visitados y habitados (Flegenheimer *et al.*, 2015). De acuerdo con los objetos hallados y los diversos estudios realizados, resulta posible pensar los movimientos y las relaciones de las personas en ese entorno serrano como parte de sus prácticas habituales. La posibilidad de ofrecer una materia prima básica como la piedra, reparo, sectores amesetados en altura con buena visibilidad y en algunos casos beneficios sonoros, la presencia de vegetación específica y la movilidad de estos grupos probablemente hayan sido algunos de los aspectos que motivaron esa cotidianidad (Mazzia, 2010/2011).

En el presente, observamos que las diferentes personas entrevistadas se relacionan de diversas maneras con el paisaje serrano. Quienes habitan espacios rurales y urbanos de las sierras de Lobería mantienen una relación de mayor distancia con los cerros; estos resultan un espacio alejado de la vida cotidiana, un telón de fondo marcadamente separado de la llanura y, en ocasiones, considerado inaccesible o peligroso. La propiedad privada de la tierra, y más aún de las sierras, representa uno de los mayores obstáculos para recorrerlas (Mazzia y Elichiry, 2015). Estas experiencias contrastan con las registradas en el partido de Tandil. Allí, las sierras son un paisaje cotidiano con el que se mantiene una relación fluida, ya que se incluyen en la traza urbana: se recorren y habitan como parte de actividades laborales, recreativas, deportivas y educativas. También son espacios de disputas sociales por intereses diversos: turismo, construcción hotelera y de residencias, explotación minera, agrícola y ganade-

ra, proteccionismo socioambiental y derechos ciudadanos. En este contexto, la propiedad privada de los cerros no necesariamente implica la imposibilidad de acceso (Arislur, 2017).

Sobre las diversas formas en que se habitan las sierras en la actualidad, resultan significativas las experiencias de los helecheros que trabajan en Lobería. Son las únicas personas de la localidad que recorren las sierras diariamente recolectando helechos *Rumohra adiantiformis*, que crecen naturalmente en las laderas, para su comercialización. A diferencia de lo que sucede con otros residentes de este territorio, para ellos el ascenso y el descenso a los cerros no implican un esfuerzo diferente al necesario para el resto del trayecto; las sierras no son un obstáculo ni un desafío, son simplemente el espacio en el que cortan helechos (Mazzia y Elchiry, 2015). Entendemos que esta actividad, aunque en otro marco de sentidos, puede pensarse en continuidad con aquellas documentadas arqueológicamente y nos permite reflexionar sobre la vigencia de experiencias corporales en las sierras, vinculadas en particular con el aprovechamiento de vegetación nativa. Es importante aclarar que aún no contamos con evidencia arqueológica específica de utilización de la especie de helecho mencionada.

#### Helecheros en Lobería

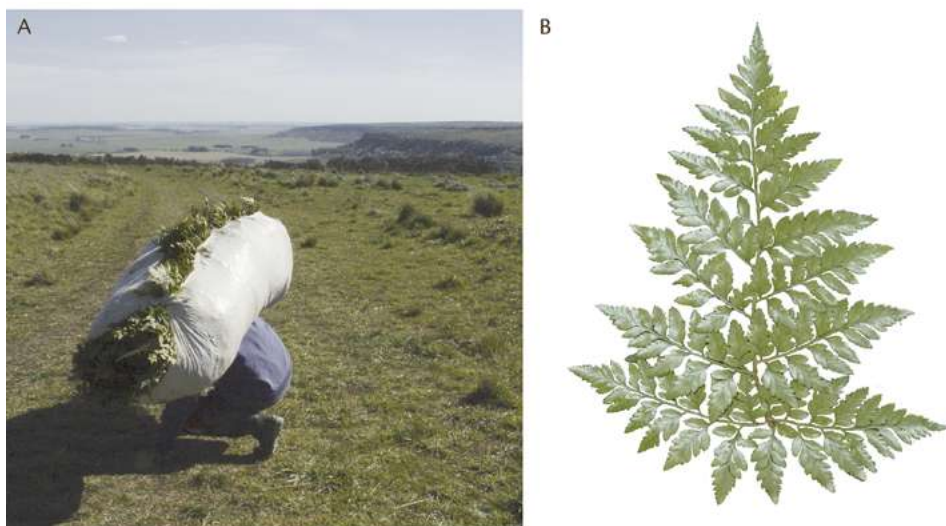


Figura nº 7. a) Helecheros trabajando en las sierras; b) la especie recolectada, *Rumohra adiantiformis*.

De la misma manera, otras actividades documentadas en el territorio nos llevan a pensar en continuidades relacionadas con el trabajo alfarero y la caza del coipo (también conocido como falsa nutria) cuyas evidencias arqueológicas se remontan a los últimos milenios antes de la conquista. Es una práctica registrada en las cuencas del Paraná y del río Salado que involucró extensas redes sociales y económicas. Durante mucho tiempo se realizó un aprovechamiento integral de este recurso: carne, pieles, huesos y dientes, para el consumo y la elaboración de artefactos para el grupo y para contar con bienes de intercambio (Escosteguy y Salerno, 2010). A comienzos del siglo XIX, los cueros de coipo eran una mercancía que circulaba desde Buenos Aires hacia Europa y Norteamérica. La caza de estos animales para consumo propio y para la venta de pieles continúa siendo impulsada en la actualidad por mujeres y hombres que se denominan “nutrieros”. A diferencia de los helecheros de Lobería, esta es una actividad secundaria que complementa sus trabajos principales, generalmente insertos en la economía informal y vinculados con las faenas rurales y el trabajo doméstico en estancias. Pero un punto en común entre ambos es la dificultad de acceso a los terrenos debido a la propiedad privada. Este aspecto es hoy uno de los principales obstáculos y, junto a otros factores, contribuye a su marginalidad, que se hace presente en el marco informal en que se desarrollan, en la consecuente ausencia de derechos y garantías laborales y también en la representación peyorativa de ciertas personas sobre estas prácticas.

#### Caza del coipo

Figura nº 8. Actividades vinculadas con la caza del coipo en partido de Las Flores. a) procesamiento de la presa, 2007; b) retirando presas de las trampas, 2008. Fuente: Archivo particular de Paula Escosteguy.



#### Alfarería

Por su parte, la alfarería fue una práctica social ampliamente desarrollada en diferentes áreas y tiempos del actual territorio bonaerense que continúa vigente en el marco de diversos proyectos y contextos. En la depresión del Salado, la información arqueológica de más de treinta sitios permite afirmar que la cerámica fue elaborada por expertos ceramistas con barros locales disponibles en las barrancas del río y las lagunas (González *et al.*, 2012). Además, esta tecnología jugó un papel importante en la conformación de redes de intercambio entre grupos (por ejemplo, Frère, 2015). En la actualidad, la tecnología cerámica continúa desarrollándose en instituciones locales y en proyectos autogestionados dirigidos a su enseñanza, producción, exhibición y venta de obras (Salerno *et al.*, 2018). A partir de observaciones y entrevistas, conocimos a varios grupos de ceramistas que trabajan con barros locales y aplican técnicas prehispánicas. En algunos casos, la indagación de estos procesos tecnológicos se desarrolló a partir del trabajo articulado con las arqueólogas que trabajan en el área. En conjunto, para estas personas, los fragmentos arqueológicos, sus imágenes (fotografías y dibujos) y la información respecto de los procesos de producción son utilizados como modelo e inspiración. En este recorrido, la dimensión sensorial de la materia se articula con aspectos emotivos y subjetivos que conjugan diversos valores simbólicos y sociales referidos al paisaje del río Salado, el pasado indígena y el presente. Entonces, en el marco de estas prácticas, el pasado indígena local se reelabora en y desde el presente y la cerámica arqueológica se configura en un objeto patrimonial valorado por las identidades e historias que representa, por su estética y por las nuevas relaciones que moviliza (Salerno, 2018).

Figura nº 9. A) Seminario de ollas de barro, General Paz, Buenos Aires, 2018. Fuente: Archivo particular de Lorena Cañardo. B) extracción de arcilla en el río Salado, General Belgrano, Buenos Aires, 2019. Fuente: Archivo particular de Josefina Granara.



Finalmente, otro tipo de práctica común se relaciona con diversas formas de apropiación privada de los objetos arqueológicos. Como mencionamos anteriormente, la mayoría de los sitios donde trabajamos se encuentran en espacios rurales, dentro de campos privados, o en bordes de lagunas y ríos. Estos lugares son habitados por personas que transitan su vida junto a los materiales arqueológicos (trabajadores rurales y sus familias, dueños de campos, transportistas, pescadores) y que en distintas oportunidades deciden conservarlos e incluirlos en el marco de múltiples prácticas. Desde la arqueología, estas actividades se consideraron vinculadas al coleccionismo y a quienes las practican se les llamó ‘coleccionistas’, incluso en oposición al modo en que las personas conciben sus relaciones con los objetos. Esta categoría invisibiliza una heterogeneidad de intereses, tensiones e incluso materialidades (Arislur, 2017; Salerno, 2018). Los materiales, en ocasiones, son entendidos como amuletos, recuerdos familiares, tesoros, objetos que testimonian memorias. Otros, a su vez, forman parte de experiencias que unen espacios, identidades y proyectos colectivos que superan los objetivos de la mera acumulación. Algunos funcionan como vehículos de aproximación y reivindicación del pasado indígena local, mientras que otros quedan fuera de lo entendido como objeto y sitio arqueológico. Por ello, lo que la arqueología y el Estado entienden como un bien patrimonial es una entidad cambiante que debe ser definida cultural e históricamente (Salerno, 2013). Desde una perspectiva histórica, las relaciones entre la comunidad arqueológica y estas personas fueron más o menos cercanas en función de concepciones positivas o negativas: huaqueros, informantes, ayudantes de campo, fundadores de museos locales, etc. (Pupio, 2012). Desde la implementación de la Ley n° 25.743, quedó formalmente definido su lugar relegado en la producción del conocimiento arqueológico. Además, la legislación pone en primer plano las tensiones que estas prácticas de apropiación privada conllevan frente a la gestión patrimonial de los objetos.

En una visión de conjunto, los ejemplos mencionados nos conducen a reflexionar sobre otros modos en que lugares, objetos, prácticas y algunos sentidos relativos al pasado indígena se hacen presentes en el actual territorio bonaerense. Estas experiencias permiten revisar la desvinculación entre gran parte de la población actual y el pasado indígena, dando lugar a nuevas formas de entender la diversidad social y cultural presente. Desde este lugar, consideramos necesario reflexionar sobre la forma en que construimos conocimiento arqueológico en la región, con quiénes y para quiénes.

### *Síntesis y reflexiones sobre las construcciones históricas*

A lo largo del capítulo, retomamos distintos procesos del pasado para observar la diversidad de formas en que se expresan en el presente. Entre ellos, mencionamos la construcción de narrativas históricas nacionalistas que crean una identidad homogénea para el territorio argentino con una base material y simbólica enmarcada en el Estado-nación. También resaltamos cómo, en esa construcción identitaria nacionalista, en la región pampeana se incluye a sectores de inmigrantes y prácticas de carácter tradicionalista, a la vez que se sostiene una desvinculación entre gran parte de la población actual y el pasado y presente indígena. Por esta razón, las materialidades “arqueológicas” suelen ser abordadas como objetos relativos a la historia de otros que ya no son parte del territorio. Sin embargo, existe un gran cúmulo de información, experiencias y materialidades que dan cuenta de esa existencia, historicidad y continuidad indígena en el espacio: en datos oficiales (censos indígenas), a partir de construcciones y relevamientos colectivos (como la MTAEI y su cartografía social), en la toponimia de la región, en la información genética actual y en casos de reivindicación territorial indígena (Centro de Interpretación Indígena El Antigal y la Comunidad Indígena Punta Querandí).

Figura nº 10. Biblio-Casilla.  
 Proyecto interactivo de circulación de conocimientos llevado a cabo por poblador local huerquen winca de la Comunidad Vicente Catrunao Pincén, donde se ponen en relación prácticas, conocimientos y objetos indígenas, Tandil.  
 Fuente: Archivo particular de Vicente Catrunao Pincén.



También observamos cómo los materiales en los que se basan las investigaciones y las narrativas que se construyen a partir de ellos refieren a territorios que no necesariamente coinciden con los límites geográficos y jurídicos que regulan la práctica arqueológica. En ese sentido, el carácter nómada de los grupos humanos que habitaron desde hace 12.000 años la región pampeana, así como sus redes sociales amplias de circulación de objetos e ideas, superan las fronteras construidas por la historia del siglo XIX, las fronteras estatales actuales de las provincias y, dentro de ellas, las áreas de investigación.

En el marco de los casos de estudio también recuperamos prácticas sociales del presente que se vinculan con algunas materialidades estudiadas por la arqueología (objetos y paisajes). Entre ellas, la apropiación de técnicas alfareras prehispánicas por parte de ceramistas, la práctica de la caza del coipo, las experiencias en el territorio serrano a partir de la recolección de vegetales y la multiplicidad de sentidos que atraviesan la apropiación y recolección de materiales arqueológicos por parte de aficionados en la zona. En algunas de ellas, las personas intencionalmente resignifican aspectos del pasado. En otras, en cambio, sólo reflejan la



continuidad de las prácticas en un mismo espacio territorial a lo largo del tiempo, expresando, a la vez, su carácter marginal.

Todas estas experiencias dan cuenta de historias situadas que incluyen comunidades indígenas y no indígenas que habitan hoy en la región pampeana. En ellas se expresa la diversidad cultural existente en esta región, las distintas formas de acción territorial y la regulación en las formas de habitar y ser. En este presente diverso, observamos cómo se reproduce una desigual distribución de poderes que condiciona la posibilidad de construir imaginarios colectivos. Desde este contexto, planteamos que el pasado no es único ni unívoco, acumula una multiplicidad de vivencias experimentadas por distintos grupos sociales y personas que motivan procesos de memoria e identificación en los que algunos relatos son contados, mientras que otros se silencian.

En suma, con este trabajo buscamos poner en tensión las narrativas hegemónicas sobre el pasado del territorio pampeano, prestando atención a los procesos de subalternización e invisibilización que promueven en el presente, sobre todo respecto de las poblaciones indígenas. Desde una mirada arqueológica, y sobre la base de información que proviene de distintos campos de conocimiento (histórico, etnohistórico, geográfico, junto con narrativas orales, conocimientos indígenas y locales), reflexionamos sobre ciertas materialidades, prácticas y experiencias locales que desafían esos discursos monolíticos.

Desde este lugar, entendemos la arqueología como una disciplina que permite pensar en memorias más profundas que las que oficialmente se visibilizan, motivadas desde materialidades tan diversas como son los objetos, los cuerpos, los paisajes, sus territorios y prácticas. Creemos en la potencia reflexiva del cuestionamiento a los límites temporales y espaciales que se fijan como mitos de origen de ciertas identidades hegemónicas a partir de procesos más o menos explícitos y que influyen en la construcción de nuestro ser en el territorio. Un ejemplo discutido en este capítulo es el de la invisibilidad de la profundidad temporal de la historia indígena en la provincia de Buenos Aires. El ejercicio de repensar qué es la arqueología, cómo se desarrolla, desde qué territorios, y con quiénes y para quiénes se construye lo que conocemos sobre el pasado es fundamental. Esta necesidad atiende al reconocimiento del carácter político de toda construcción académica y, en particular, a la visibilización y usos del pasado.

